

Brasil vuelve al banquillo: la ecopolítica de la destrucción en la Amazonia*

Guimarães, Roberto P.

Roberto P. Guimarães: Cientista político brasileño. Investigador de la División de Desarrollo Social de CEPAL y Coordinador del Grupo de Trabajo WAPOR/UNESCO sobre la Dimensión humana de los cambios globales. (Las opiniones vertidas en este trabajo no comprometen a las instituciones mencionadas y reflejan puntos de vista estrictamente personales).

A un costo ecológico y social estremecedor, Brasil continúa avanzando en su política de desarrollo. La devastación de la Amazonia constituye el caso más relevante y al mismo tiempo el más difundido, aunque no el único. Lejos de justificar esa empresa, habría que señalar que la responsabilidad por los desequilibrios y peligros ecológicos del planeta reside de manera inapelable en los países altamente industrializados.

En la búsqueda de una ganancia insignificante la población destruye uno de los recursos más preciosos para garantizar su subsistencia y el bienestar de las futuras generaciones.

Joao M. da Silva Coutinho, explorador e ingeniero militar, discurrendo sobre la Amazonia (1868).

Todo indica que las futuras generaciones tendrán todo el derecho de criticarnos severamente si sacrificamos el crecimiento del ingreso per cápita a cambio de otras prioridades.

Mario H. Simonsen, ministro de Hacienda (1974-79) y de Planificación (1979).

La ecopolítica, a la vez como disciplina campo específico de políticas públicas, pertenece de hecho a la sociedad de fines del siglo XX. Cuántos siglos ha tenido que recorrer la humanidad para descubrir que la ecopolítica ha estado con nosotros desde los albores de los tiempos. Mucho antes de que surgiera el conocimiento científico hemos venido conviviendo con las leyes de la ecología y ocupándonos de ellas de mala gana, empero aún no sabemos prácticamente nada acerca de esas leyes. En especial ignoramos la gama de interconexiones entre las actividades humanas y los inexorables de la naturaleza. El hecho de que seamos parte de la naturaleza y de que ella también sea parte de nuestra cultura únicamente aumenta nuestras

dificultades. Asimismo, torna más torpes nuestros intentos de armonizar la política y la ecología en nuestras vidas cotidianas.

Sin embargo, los porfiados hechos de la vida nos dicen que mientras más hacemos progresar nuestra sociedad tecnológica más exigentes se tornan las interconexiones entre nosotros mismos y nuestra olvidada naturaleza. A medida que se incrementa la competencia por el uso de los recursos naturales, ejercemos presiones cada vez mayores sobre la estabilidad de nuestras instituciones. Otra manera de abordar esta realidad es subrayar el hecho de que los bienes y servicios, medidos con la vara de las necesidades humanas, se encuentran por lo general en una situación de escasez. Al mismo tiempo, los intereses de los individuos, grupos y sociedades se están redefiniendo permanentemente, ya sea en forma aislada o en relación con los demás. A partir de su definición se plantea la cuestión de quién consigue, qué, cuándo, cómo y por qué. De eso se trata el estudio de la política. Pero debido a que los recursos más elementales, como los alimentos, el agua, el aire y los demás materiales que utilizamos a diario, son todos suministrados por procesos naturales, la política se yergue sobre los cimientos ecológicos de la sociedad.

La expresión «ecopolítica» es pues un apócope de política ecológica. Surge del reconocimiento de que para superar la actual crisis ecológica (escasez de recursos) y ambiental (escasez de «depósitos contaminables»), habrá que tomar decisiones políticas. En este proceso algunos intereses serán favorecidos más que otros, tanto al interior de las naciones como entre ellas. Karl Deutsch fue probablemente uno de los primeros en clasificar en esos términos este nuevo campo de las ciencias sociales, que él llamó ciencia «ecosocial» y «ecopolítica». Según Deutsch, ésta investiga la viabilidad de los sistemas ecológicos y sociales, aisladamente y en su interacción ecosocial, así como la posibilidad y límites de la intervención política. Su enfoque rechaza la ilusión romántica de que todos los sistemas ecológicos naturales son necesariamente viables. La mayoría de los desiertos de la tierra no han sido hechos por los seres humanos. Pero sí insiste en que ningún sistema social puede seguir siendo viable por mucho tiempo si degrada su medio ambiente natural, o si no lo salva del deterioro o la autodestrucción¹.

Un enfoque de tipo ecopolítico para enfrentar los desafíos de una ocupación desordenada de la Amazonia debe partir de la base, utilizando las enseñanzas de John Passmore, de que un problema ecológico no puede ser confundido con «un proble-

¹Karl W. Deutsch: Eco-social systems and ecopolitics: A reader on human and social implications of environmental management in developing countries, UNESCO, París, 1977.

ma de la ecología»². El último involucra un desafío científico, de entender la naturaleza de un determinado fenómeno ecológico. En cambio, un problema ecológico revela disfunciones de carácter sociopolítico. No se trata simplemente de una situación que antepone obstáculos para adaptarnos a las leyes que regulan el mundo natural sino de un problema que creemos que la sociedad estaría mucho mejor si éste, de partida, no existiera. Pareciera ser esta la postura adecuada para acercarse al tema del desorden ecológico en Brasil, y más específicamente en la Amazonia.

El costo ecosocial del desarrollo brasileño

Celso Furtado ha concluido, con acierto, que no se podría explicar el dinamismo de la economía brasileña sin que se hiciera referencia al sacrificio impuesto a la mayoría de la población y al uso indiscriminado de sus recursos naturales³. Ya en los años setenta Brasil pagaba un alto precio para convertirse en el segundo exportador mundial de productos agrícolas, inmediatamente después de EE.UU. Por un lado, su estructura agraria combina el latifundio y el minifundio en un círculo vicioso, agravando así los padrones predatorios y derrochadores en el uso del recurso tierra. Por otra parte, la modernización de la agricultura brasileña se ha subordinado a la expansión industrial, haciendo que el uso de fertilizantes químicos creciera, entre 1965 y 1975 (el período del «milagro» económico), a una tasa media anual del 60 por ciento, mientras el uso de pesticidas se incrementó en un 25 por ciento anual.

Las deformaciones estructurales en el uso de la tierra, la codicia de los conglomerados agroexportadores, los intereses creados de los sectores industriales, como asimismo la absoluta falta de respeto por las leyes que regulan el funcionamiento de los ecosistemas, todo eso ha cobrado su precio. El resultado neto, para quedarnos tan sólo con un indicador, ha sido una pérdida de la cobertura vegetal debido a la erosión del orden de 25 toneladas por hectárea al año, para el país en su conjunto, o sea, el doble de lo que se considera una tasa «normal». En Paraná, por ejemplo, uno de los polos agrícolas más dinámicos del país, presentaba en la década de los setenta una tasa seis veces superior a la media nacional. La otra cara de esta misma medalla es el avance de la desertificación en Brasil, que ahora ha dejado de ser un

²John Passmore: *Man's responsibility for nature: Ecological, problems and Western traditions*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1974.

³Celso Furtado, *O Brasil pos-«milagre»*, 2d ed. Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1981, p. 22. Para un análisis del deterioro ambiental a lo largo de la historia de Brasil, desde el período colonial hasta el régimen militar, véase Roberto P. Guimaraes, «Ecopolitics in the Third World: An institutional analysis of environmental management in Brazil», Tesis de Doctorado, Universidad de Connecticut, 1986. Una versión resumida puede ser encontrada en Guimaraes, «La ecopolítica en el desarrollo del Brasil», *Revista de la CEPAL*, N° 38, agosto 1989, pp. 89-104.

«privilegio» del empobrecido Nordeste y ya se hace presente tanto en la Amazonia como en el Sur del país. Sólo en Rio Grande do Sul, estado también predominantemente agrícola, ya se consideran irremediablemente perdidas 473.000 Ha. de tierras antes cultivables. En el propio Paraná nada menos que dos tercios de su territorio se encuentra bajo la amenaza de desertificación. Para que no quede ninguna duda que los desiertos brasileños son el producto de actividades humanas, basta con recordar que mientras los desiertos naturales existen en lugares donde la precipitación anual es inferior a los 500 mm., las medias de precipitación en las áreas desérticas del Sur de Brasil fluctúan alrededor de los 1.500 mm. anuales.

La vida en las áreas urbanas tampoco ha sido muy agradable, desde la perspectiva ambiental, en la octava economía del mundo capitalista. Lo que hoy se podría llamar «ciudad» en Brasil es en realidad, para la vasta mayoría de la población, o bien una «favela» o una sucesión de edificios de departamento en avanzado estado de deterioro, ecológica y socialmente segregados en la periferia de los centros urbanos. De hecho, se estima que entre tres quintos y dos tercios de la población de las regiones metropolitanas brasileñas vive hoy en condiciones precarias. En la capital del estado de São Paulo, el corazón industrial de América Latina, el 40 por ciento de los hogares no se encuentra conectado a la red de abastecimiento de agua, y el 65 por ciento no se beneficia de los servicios de alcantarillado. Y si eso no fuera poco, sólo el 4 por ciento de las aguas servidas que sí corren por las alcantarillas de la ciudad reciben cualquier tipo de tratamiento. Todo el resto se descarga directamente en los ríos. No ha de sorprender a quienes han visitado São Paulo que el río Tieté, que corta prácticamente toda la ciudad, se haya transformado en una verdadera cloaca a cielo abierto.

Tampoco puede dejar de anotarse el costo ecológico del dinamismo económico brasileño en términos de la calidad del aire en sus centros urbanos. Ya en 1974 se tuvo que declarar «estado de emergencia» São Paulo, a raíz de niveles intolerables de contaminación. Dos años después, hubo 161 «estados de atención» y dos «de alerta máxima», situaciones que se han repetido regularmente desde ese entonces. La región industrial de Cubatão, también en el estado de São Paulo, se encuentra entre las áreas más contaminadas del planeta, hecho que ha sido reconocido hasta por las autoridades al declarar hace pocos años que Cubatão representaba «el ejemplo natural de una ciudad donde el problema ha alcanzado límites insostenibles»⁴. Nadie debe imaginar que Cubatão sea un caso aislado, quizás «accidental» del estilo de desarrollo brasileño. Existen fuertes candidatos a «nuevas» Cubatão en Bra-

⁴«Sarney lanca 'Pacote Ecológico' no Dia do Meio Ambiente», Fôlha de São Paulo, 6 junio 1986, p. 22.

sil, como es el caso de Araucaria, en el ya mencionado estado de Paraná, y de Camacari y Aratu en el estado de Bahía, en la región Nordeste.

En suma, alguien con espíritu más cáustico podría dar la bienvenida a un visitante extranjero utilizando el mismo discurso imaginado por Charles Dickens, en su tajante sátira sobre la vida en Inglaterra en el siglo XIX: «Antes de todo, usted ve nuestro humo. Eso es comida y bebida para nosotros. Es en todos aspectos la cosa más saludable que existe en el mundo, en especial para los pulmones» (Hard Times, 1907, pp. 112-13).

Ocupación y desorden ecológico en la Amazonia

Pese al abultado pagaré ecosocial que las generaciones venideras tendrán que rescatar a cambio del acelerado crecimiento de la economía brasileña, la exploración de las riquezas de la Amazonia constituye la ilustración paradigmática de las reflexiones de Celso Furtado señaladas anteriormente. La penetración de la región remonta a los tiempos coloniales, habiéndose intensificado en las primeras décadas del presente siglo. Esta se ha convertido en una empresa a larga escala durante el régimen militar (1964-1985), gracias a la construcción de la Carretera Transamazónica y como resultado de los programas de «incentivos fiscales», a través de los cuales las empresas podían descontar buena parte de sus inversiones en la región de los impuestos federales.

Los incentivos fiscales, que ya costaron al país 10 mil millones de dólares, tuvieron el indifrazable objetivo de favorecer a los grandes grupos empresariales del Sur del país, en particular los que representaban intereses multinacionales. Las más grandes áreas de exploración establecidas a través de ese esquema pertenecen a Volkswagen, Nestlé, Mitsubishi y otras transnacionales⁵. Tomándose en cuenta que en la gran mayoría de los casos se han utilizado los recursos obtenidos a través de los incentivos para desmatar la floresta y sustituirla por pasto para ganado, esto ha significado la simplificación y especialización de los ecosistemas naturales. Con el tiempo, este proceso ha llevado a la destrucción de la integridad ecológica de partes importantes de la Amazonia y a la desertificación, para no mencionar, por su-

⁵Para una descripción general de los problemas ecológicos en la Amazonia véase Robert J. A. Goodland y H. S. Irwin, *Amazon jungle: Green heg or red desert?* American elsevier Publishing Company, Nueva York, 1975, y Dennis J. Mahar, *Government policies and deforestation in Brazil's Amazon region: The World Bank Washington World Bank*, 1989. Para un análisis del esquema de incentivos fiscales y de los intereses económicos detrás de la devastación, véase José M. da Costa, ed. *Amazônia: Desenvolvimento e ocupação IPEA/INPES*, Rio de Janeiro: 1979 y Lucio E Pinto, *Amazonia: No rastro do saque HUCITEC*, São Paulo, 1980.

puesto, la desorganización de las sociedades nativas, cuando no el genocidio de sus poblaciones.

El crecimiento poblacional en la Amazonia ha sido sin duda impresionante en las últimas dos décadas, con tasas del 6 por ciento anual en los años 1970-1985. Sólo el estado de Rondonia (en la frontera con Bolivia), que tenía no más que 100.000 habitantes hace veinte años, posee hoy una población superior al millón de personas. La presión demográfica trajo apareada la destrucción de amplias extensiones de la floresta, y Rondonia ha perdido ya una sexta parte de su cobertura natural. Si las estimativas para la región en su conjunto indicaban, en el año 1975, la desforestación de 3.1 millones de Ha. (superior a la superficie de Haití), sólo en el año 1987 otros 7.7 millones se convirtieron en humo, o sea, el equivalente a la superficie total de Costa Rica y El Salvador. De hecho, una sola fotografía, sacada desde un satélite de la NASA el día 9 de septiembre de 1987, reveló la ocurrencia de 2.500 incendios simultáneos. El total del área devastada ascendió a 12.5 millones de hectáreas hasta 1980 (equivalente al territorio de Nicaragua), multiplicándose por cuatro veces y media hasta 1988 y alcanzando un total del 12 por ciento de la floresta. Conviene subrayar que más de cuatro quintos de lo que ha sido devastado hasta el día de hoy (60 millones de hectáreas, equivalente al área total de Paraguay y Uruguay, o al 80 por ciento de Chile), tuvo lugar en escasos diez años.

Asume también colores dramáticos, y a la vez desalentadores, comparar el área total de lo que se denomina la Amazonia Legal, cercana a los 500 millones de hectáreas, y la parcela del territorio brasileño que ha sido reservada para preservación. La Amazonia representa cerca del 60 por ciento de la superficie de Brasil, mientras 2 por ciento del territorio ha sido, al menos legalmente, protegido en parques, reservas y estaciones ecológicas. Japón, por ejemplo, con una población equivalente a la de Brasil, pero con una superficie veinte veces menor, posee 13.5 por ciento de su territorio permanentemente protegido. Estados Unidos, ligeramente más grande que Brasil, empero con el doble de habitantes, tiene 17 por ciento de su territorio asignado para conservación. Por último, en Suecia, con un área equivalente a la de Japón y una densidad poblacional muchas veces menor, la superficie bajo protección alcanza el 60 por ciento. Esto significa que si la proporción del territorio brasileño asignada para conservación ya es muy baja en términos internacionales, situación aún más injustificable si se toma en cuenta el tamaño de la Amazonia, aún así, lo que se ha destruido sólo en la última década es casi cuatro veces superior al área protegida en toda la historia brasileña.

La presión internacional: complicidad, mitos e hipocresía

Los intereses internacionales poseen una larga historia en la Amazonia. Ya en las primeras décadas del siglo pasado diversos científicos empezaron a explorar las riquezas de la flora y fauna brasileñas. Friedrich Von Martius, botánico de origen germano, recorrió el territorio, Amazonia incluida, entre 1817 y 1820, realizando uno de los mejores inventarios de especies existentes en el país, en los quince volúmenes de su *Flora Brasiliensis* (1840). Otro botánico, el francés Auguste Saint-Hilaire, en su clásico *Viagem a Provincia de São Paulo e resumo das viagens ao Brasil, Provincia Cisplatina e Missoes do Paraguay* (1833), documentó la extensa devastación de las florestas naturales, escribiendo quizás el primer manifiesto en contra de lo que se ha denominado el «capitalismo salvaje» que prevalece en Brasil hasta hoy.

El interés económico siguió las huellas del interés científico, en especial durante los sucesivos ciclos de extracción (vegetal, minero y agrícola) que caracterizaron la economía brasileña hasta inicios del siglo. Significativa, en términos de Amazonia, fue la costosa aventura de Henry Ford en 1927, con su desafortunado intento de reflotar la producción de caucho. El colapso de la empresa de Mr. Ford ya revelaba algo que el igualmente magnate norteamericano Daniel Ludwig descubriría, cincuenta años más tarde, a través del Proyecto Jari: la más absoluta ignorancia respecto a la ecología de la región⁶. Sólo que en este caso la ignorancia costó otros 2 millones de hectáreas de floresta. Los intereses transnacionales de hoy se encuentran también en la vanguardia de la destrucción. Haciendo uso de los incentivos fiscales, Volkswagen ha sido responsable por la más grande devastación de la Amazonia producida en una sola propiedad, quemando nada menos que 140.000 Ha. de floresta virgen (equivalente a la ciudad de São Paulo). Y todo eso para alimentar no más que 46.000 cabezas de ganado, logrando sin duda su inclusión en el libro Guinness con el record mundial de ineficiencia ganadera, o sea, un buey por cada 30.000 metros cuadrados. Pero como el mercado «ecopolítico» de la destrucción de la Amazonia no se caracteriza por el monopolio transnacional, los intereses empresariales brasileños, públicos y privados, se han hecho también copartícipes de la devastación. El lago formado para la construcción de la controvertida planta hidroeléctrica de Tucuruí, en donde se utilizaron los mismos agentes químicos empleados por Estados Unidos en la Guerra de Vietnam, arrasó un área de 240.000 Ha. (dos veces la ciudad de Rio de Janeiro). La hidroeléctrica de Balbina, con un

⁶Para una visión histórica de la presencia extranjera en la región, véase Artur C. F. Reis *A Amazônia e a cobiça internacional*, Nacional, Sao Paulo, 1960 y Fernando H. Cardoso y Geraldo Müller, *Amazônia: expansao do capitalismo brasileiro* Brasiliense, San Pablo, 1977).

costo de 750 millones de dólares, y que contó con recursos del Banco Mundial, sumergió otras 240.000 Ha. de floresta.

No deja de causar cierto desconcierto, por lo expuesto, el alboroto internacional en contra de las políticas del gobierno brasileño, cuando en verdad los intereses de los gobiernos que ahora claman por la conservación de la Amazonia han estado por detrás del desorden ecológico de la región. Japón, por ejemplo, es con frecuencia alabado por sus prácticas conservacionistas. Pocos señalan, todavía, como lo hace Michael Redclift, que por mucho tiempo Japón pudo encerrar sus propias reservas forestales gracias al acceso que ha tenido la abundante oferta del Sudeste Asiático. Ahora que estas reservas están cerca de agotarse, Japón se vuelca ansioso hacia las reservas de América Central, África Occidental y la Amazonia⁷. Ilustraciones como ésta pueden ser generalizadas a otros centros de presión internacional respecto a la Amazonia.

Mientras gobiernos y organizaciones no gubernamentales norteamericanas y europeas se lanzan en campaña para «salvar la Amazonia», los gobiernos de EE.UU., Japón e Inglaterra se rehúsan a asumir su cuota de responsabilidad en la resolución de los problemas ambientales a nivel mundial. Hace escasos meses, en la reunión mundial de ministros de medio ambiente, que tuvo lugar en Nordwijk (Holanda) a fines de 1989, y que contó con la presencia de representantes de 69 países, esos tres gobiernos votaron en contra de una resolución que pedía el congelamiento de las emisiones de gas carbónico, el principal agente del efecto «invernadero», incremento de las temperaturas medias del planeta. No por casualidad, sólo EE.UU. contribuye con cerca del 23 por ciento de las emisiones de gas carbónico. Por otra parte, la devastación de florestas no pareciera ser privilegio de Brasil. De acuerdo con estimaciones de la Wilderness Society, las florestas temperadas han sido objeto, proporcionalmente, de más destrucción que las florestas tropicales. En la Floresta Nacional de Tongass, en Alaska, que, dicho sea de paso, contiene dos veces más bosques húmedos que Costa Rica, 50 por ciento de la cobertura natural ha desaparecido. En la floresta húmeda Douglas-Fir, que comprende los estados de California, Oregon y Washington, 85 por ciento de la floresta «antigua» ya ha sido derribada⁸.

Lejos de pretender condonar la reacción xenófoba de muchas autoridades brasileñas ante las propuestas para el uso racional de los recursos naturales en la Amazonia, uno se ve forzado a preguntarse si la respuesta oficial de Brasil constituye una

⁷Michael Redclift, *Development and the environmental crisis: Red or Green alternatives?* Methuen, Nueva York, 1984.

⁸Cf. John C. Ryan, «Plight of the other rain forest», *World Watch* 2 (mayo-junio 1989): 10-11, 41.

excepción a las relaciones internacionales fundadas en el principio de la soberanía nacional. ¿Cuál sería la respuesta, por ejemplo, del gobierno norteamericano, si al desastroso derrame de petróleo provocado en marzo de 1989 por el Valdez, de propiedad de Exxon, se siguieran propuestas exigiendo la suspensión de sus actividades petroleras en Alaska? No es difícil de imaginar.

Por último, hay que subrayar también lo equívoco del debate internacional sobre la Amazonia. Contrariamente a lo que muchos piensan y llegan incluso a afirmar como verdad científica, es despreciable la contribución del desorden ecológico en la Amazonia para la agudización de los problemas más apremiantes del planeta, tales como el efecto invernadero, la destrucción de la capa de ozono y los cambios climáticos. Es falso, por ejemplo, que las quemadas provocadas en la Amazonia contribuyan al efecto invernadero. Como se señaló recién, a EE.UU. le corresponde el 23 por ciento de la emisión de gas carbónico, seguido por URSS y Europa occidental (19 y 15 por ciento, respectivamente). El total brasileño, incluida la producción industrial, alcanza apenas al 5 por ciento.

La destrucción de la capa de ozono es provocada principalmente, aunque todavía no se sabe a ciencia cierta si el fenómeno se produce sólo por actividades humanas, por la liberación de compuestos químicos industriales, denominados en su conjunto clorofluorcarbonos, o CFC. En este caso una vez más se manifiesta una suerte de hipocresía primermundista, puesto que los países industrializados del Norte son responsables por la casi totalidad de la producción de CFC, y los principales países productores han resistido las propuestas para la reducción drástica de esta producción antes del año 2000. Carece también de base científica el argumento de que la Amazonia funciona como una especie de «pulmón del mundo». La floresta consume prácticamente todo el oxígeno que produce. Lo que sí es cierto es que la Amazonia ofrece un efecto compensador para atenuar el agravamiento del efecto invernadero en la medida que la floresta «retira» de la atmósfera 1.2 mil millones de toneladas de gas carbónico, el 20 por ciento del total lanzado anualmente. Se podría incluso afirmar, con algo de malicia, que el interés del Primer Mundo por la conservación de la floresta, en este caso específico, sumado a su renuencia a reducir las propias emisiones, responde mas bien a un deseo de garantizar la capacidad de «aguante» del ecosistema planetario para soportar su estilo de desarrollo derrochador de recursos y altamente contaminante.

Sin desmedro de lo que se ha dicho, la verdadera catástrofe ecológica para la humanidad, de persistir los niveles recientes de deforestación de la Amazonia, es la que se refiere a la mantención de la diversidad biogenética del planeta. No hay que

olvidarse que se estima que en la Amazonia tienen su hábitat un tercio de los 2 millones de especies vegetales y animales que se supone habitan el planeta, y sólo una proporción muy pequeña ha sido estudiada hasta el momento. Las implicaciones de este monumental desastre ecológico, sin paralelo en la historia de los desastres «naturales», no sólo para el conocimiento científico sino para la medicina, la ingeniería genética y otras actividades productivas, son realmente alarmantes. Como nos dice Edward O. Wilson, con relación a la ciencia, «es como tener la astronomía sin saber dónde están las estrellas». Respecto del uso económico de las características de diferentes especies, es Thomas Lovejoy quien nos hace recordar que «los ingenieros genéticos no crean nuevos genes, ellos simplemente reordenan los ya existentes»⁹.

La posición de Brasil en el debate internacional: más de lo mismo

Como es sabido, Brasil ha sido históricamente una sociedad patrimonial, cuyos rasgos sobresalientes son la predominancia del Estado burocrático en todos los ámbitos de la vida social, la utilización de múltiples mecanismos de control social, sea en su dimensión paternalista, corporativista, populista, sea en su vertiente abiertamente autoritaria y represiva; y un fuerte contenido jerárquico, tecnocrático, en la resolución de los conflictos sociales. La sociedad brasileña ha tenido muy pocas posibilidades de desarrollar mecanismos autónomos de articulación y representación de intereses, produciéndose una situación en que las relaciones sociales son de hecho siempre mediatizadas por el Estado. No resulta fortuito que el régimen burocrático-militar implantado a partir de 1964 haya sido el más «exitoso», en términos políticos y económicos, del período autoritario que predominó en América Latina hasta hace muy poco.

Además, la forma particular en que se ha desarrollado la tecnoburocracia brasileña - estado mayor del orden patrimonial - tiene trascendencia para la ecopolítica de la destrucción en la Amazonia, especialmente a partir de 1964. Por una parte, la orientación «privada» de los tecnoburócratas no choca con la presencia avasalladora del Estado en la economía. Más que debilitar el orden patrimonial, lo hace más fuerte. El resultado es que los agentes estatales terminan subvertiendo el empleo de recursos que pertenecen a la nación en su conjunto, promoviendo en cambio su explotación de acuerdo con la ideología empresarial de mercado, como lo demuestra el esquema de los incentivos fiscales. Por otro lado, al sustituir las variables políticas por variables económicas, y al subordinar ambas a criterios «técnicos», la

⁹ Véase Jamie Murphy, «The quiet apocalypse: Biologists warn that a mass extinction is happening now», Time, 11 octubre 1986, p. 80.

tecnoburocracia ha logrado despolitizar los problemas ecológicos, reduciéndolos a una cuestión de conocimientos especializados. Finalmente, la tecnoburocracia ha alcanzado lo que podríamos llamar una «relativa autonomía» por sobre los intereses de diferentes grupos sociales, todo lo cual hace que el Estado observe con grandes sospechas cualquier movilización alrededor de problemas ecológicos.

Por su parte, la diplomacia brasileña ha logrado mantener en décadas recientes una coherencia impresionante en asuntos relacionados con el medio ambiente. La respuesta del gobierno ante las presiones de la comunidad internacional revela, en los hechos, una simple repetición de los postulados defendidos en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente, realizada en Estocolmo en 1972. Son dos los componentes básicos de esa postura. En primer lugar, Brasil ha defendido siempre el argumento de que el crecimiento económico acelerado no puede ser sacrificado a nombre de un medio ambiente más sano y de un mejor manejo de los recursos naturales. Aunque la élite reconozca la existencia de serios problemas ambientales, considera que son los países industrializados los principales responsables de estos problemas a nivel mundial. Por ende, sugiere que sean ellos los que promuevan y financien la descontaminación del planeta. En segundo lugar, Brasil no renuncia al principio de soberanía nacional a cambio de «intereses de la humanidad» definidos ambiguamente. La defensa feroz de este principio, ante las denuncias ya en aquel entonces de la deforestación llevó a Brasil por primera vez al banquillo de las relaciones internacionales, transformándolo en el villano «antimedio ambiente» de la conferencia.

El jefe de la delegación brasileña, embajador Miguel Ozorio de Almeida, en un artículo publicado un poco antes de la reunión, introdujo la famosa distinción entre «contaminación relativa» y «contaminación absoluta»¹⁰. Según esa interpretación, partiendo de la base de que los grandes contaminadores son los países más industrializados, aunque todos los problemas ambientales del Tercer Mundo pudieran ser eliminados, la amenaza de crisis a nivel mundial permanecería con la misma magnitud. No dejaba de ser «una feliz coincidencia» que el origen de los problemas se encontrara en los países que tenían los mayores recursos económicos y tecnológicos para combatirlos. Estos deberían ser, por eso mismo, los primeros en adoptar medidas para reducir la contaminación y, financiar los esfuerzos de los países en desarrollo en esa área. Los problemas ambientales en la periferia, señalaba

¹⁰Miguel A. Ozorio de Almeida, «The confrontation between problems of development and environment», *International Conciliation*, N° 586, enero 1972, pp. 37-56. Véase también sus comentarios en *United Nations, General-Assembly, Twenty-Sixth Session, Official Records, Second Committee: Economic and financial questions (22 September 15 December 1972)*, (A/C.2/Sr. 1366-1446), Nueva York, 1975, pp. 420-23.

Miguel Ozorio, se deben «a un gran número de seres humanos viviendo en condiciones de pobreza», y los países en desarrollo son en verdad víctimas de la contaminación producida en el centro. Estos países estarían dispuestos, por tanto, a aprobar medidas tendientes a reducir los niveles de contaminación, pero no podrían sacrificar su única vía para superar «la contaminación de la miseria», es decir, el crecimiento económico acelerado. No sorprende por tanto que casi veinte años después las autoridades brasileñas sigan defendiendo el mismo punto de vista.

En relación con los fundamentos para la campaña mundial en pos de la preservación de la Amazonia, Brasil ha denunciado siempre la falsedad y hasta, por qué no decirlo, la hipocresía, de sugerir que los recursos naturales constituyen un patrimonio de la humanidad. Utilizando de nuevo las palabras del embajador Miguel Ozorio, por su vigencia actual, ésta es «por cierto una suposición muy bella, pero se ajusta mejor en el marco institucional de un gobierno mundial, y no debemos olvidar de lo lejos que estamos de ello». Sería irreal suponer que ciertos recursos, tales como los que contiene la Amazonia, pertenecen a la humanidad en su conjunto, cuando de hecho se localizan en jurisdicciones nacionales. Si fuera cierto que ellos deberían ser compartidos en una especie de «Fondo Mundial», no sería menos correcto suponer que el poder económico, político y tecnológico, también debiera ser compartido por todas las naciones. Como los países centrales no parecen dispuestos a aceptar lo último, Brasil también no encuentra justificaciones para que los países en desarrollo renuncien a su facultad soberana de explotar sus recursos naturales como mejor les convenga. Curiosamente, quizás la única excepción a la resistencia obstinada de Brasil de sumarse a estrategias concertadas de cooperación multilateral, como ya lo hemos constatado en el tratamiento de la deuda externa, se refiere precisamente a la Amazonia. Ha sido por iniciativa del gobierno brasileño que los cancilleres de los ocho países que comparten la zona amazónica (Brasil, Bolivia, Colombia, Ecuador, Guyana, Perú, Venezuela y Surinam) firmaron en Brasilia, el 3 de julio de 1978, el Tratado para la Cooperación Amazónica¹¹.

En resumen, la posición oficial brasileña respecto de los problemas ecológicos, entre éstos los de la Amazonia, ha permanecido inalterada en las últimas décadas, y representa el producto legítimo de la alianza tecnoburocrático-militar de los años sesenta. Las políticas ambientales en Brasil se basan en un trípode. La primacía del crecimiento sobre el conservacionismo y el uso racional de los recursos naturales constituye la parte más antigua de la ideología ecopolítica en Brasil, remontándose

¹¹Véase, por ejemplo, George D. Landau, «The Treaty for Amazonian Cooperation: A bold new instrument for development», *Georgia Journal of International and Comparative Law* 10 (otoño 1980): 463-89.

al período colonial. Las dos adiciones «modernas», son, por un lado, considerar los problemas ecológicos de acuerdo con los preceptos de soberanía y de seguridad nacional y, por el otro, la estrecha división en compartimientos estancos, burocratizados, de las cuestiones relacionadas con la exploración del patrimonio natural del país. Cada componente del trípode responde a los intereses de cada uno de los socios de la alianza política que tomó el poder en 1964. Sin embargo, los rasgos más importantes de la ecopolítica en Brasil trascienden eventuales cambios de régimen; se han venido revelando en un proceso histórico mucho más prolongado. El advenimiento del régimen militar simplemente acrecentó valores, creencias y prácticas ya latentes en los cuadros dirigentes de Brasil. Es de esperar, por tanto, que sus posturas sigan influenciando por algún tiempo la gestión ambiental «posible» en este país.

*Versión resumida de la ponencia presentada por el autor en el simposio «Amazonian Ecological Disorder: 1989 Assessment», organizado por el Conjunto Universitario Cândido Mendes, con el patrocinio del Consejo Internacional de Ciencias Sociales de la UNESCO y de la Fundación Ford, Río de Janeiro, 21-31 Agosto 1989.

Referencias

- *Anónimo, FOLHA DE SAO PAULO - PRENSA. 6/6. p22 - 1986; The treaty for Amazonian Cooperation: A bold new instrument for development.
- *Anónimo, SECOND COMMITTEE: ECONOMIC AND FINANCIAL QUESTIONS. A/C.2/Sr. p1366-1446, 420-423 - United Nations, General-Assembly, Twenty-Sixth Session, Official Records, Nueva York. 1975;
- *Cardoso, Fernando H.; Müller, Geraldo, AMAZONIA: EXPANSAO DO CAPITALISMO BRASILEIRO. - Brasiliense, San Pablo. 1977;
- *Da Costa, José M., ED. AMAZONIA: DESENVOLVIMENTO E OCUPACAO. - IPEA/INPES, Rio de Janeiro. 1979;
- *Deutsch, Karl W., ECO-SOCIAL SYSTEMS AND ECO-POLITICS: A READER ON HUMAN AND SOCIAL IMPLICATIONS OF ENVIRONMENTAL MANAGEMENT IN DEVELOPING COUNTRIES. - UNESCO, París. 1977; La Ecopolítica en el desarrollo del Brasil.
- *Furtado, Celso, O BRASIL POR MILAGRE. - Paz e Terra, Rio de Janeiro. 1981; Plight of the other rain forest.
- *Goonland, Robert J. A.; Irwin, H. S., AMAZON JUNGLE: GREEN HELL OR RED DESERT ? - American elsevier Publishing Company, Nueva York. 1975;
- *Guimaraes, REVISTA DE LA CEPAL. 38. p89-104 - 1989; The confrontation between problems of development and environment.
- *Guimaraes, Roberto P., ECOPOLITCS IN THE THIRD WORLD: AN INSTITUCIONAL ANALYSIS OF ENVIRONMENTAL MANAGEMENT IN BRAZIL. - Universidad de Connecticut. 1986; The quiet apocalypse: Biologists warn that a mass extinction is happenign now.

- *Landau, George D., GEORGIA JOURNAL OF INTERNATIONAL AND COMPARATIVE LAW. 10. p463-89 – 1980.
- *Mahar, Dennis J., GOVERNMENT POLICIES AND DEFORESTATION IN BRAZIL'S AMAZON REGION: THE WORLD BANK WASHINGTON WORLD BANK. - 1989;
- *Murphy, Jamie, TIME - PRENSA. 11/10. p80 - 1986;
- *Ozorio de Almeida, Miguel A., INTERNATIONAL CONCILIATION. 586. p37-56 - 1972;
- *Passmore, John, MAN'S RESPONSIBILITY FOR NATURE: ECOLOGICAL, PROBLEMS AND WESTERN TRADITIONS. - Charles Scribner's Sons. 1974, Nueva York; Sarney lanca 'Pacote Ecologico' no Dia do Meio Ambiente.
- *Pinto, Lucio F., AMAZONIA: NO RASTRO DO SAQUE. - HUCITEC, São Paulo. 1980;
- *Redclifl, Michael, DEVELOPMENT AND THE ENVIRONMENTAL CRISIS: RED OR GREEN ALTERNATIVES ? - Methuen, Nueva York. 1984;
- *Reis, Artur C. F., A AMAZONIA E A COBICA INTERNACIONAL. - Nacional, São Paulo. 1960;
- *Ryan, John C., WORLD WATCH. 2. p10-11, 41 - 1898;